

# La narrativa de la “violencia” desde el campo y los campesinos del Chicamocha\*

## The Narrative of Violence From Countryside and the Farmers in Chicamocha

*Luis Rubén Pérez Pinzón*  
lperez14@unab.edu.co

Universidad Autónoma de Bucaramanga, Colombia

Recibido: 11 de febrero de 2014. Aprobado: 14 de marzo de 2014

**Resumen:** El artículo analiza el papel de la literatura en la reconfiguración de las concepciones sobre historia, memoria y región a partir de los hacendados, campesinos y sacerdotes analizados por Eduardo Caballero Calderón en su narrativa sobre los pueblos ubicados en el cañón del río Chicamocha a mediados del siglo XX, especialmente Tipacoque y Capitanejo. Se resaltan las descripciones del literato desde sus convicciones políticas, el conflicto bipartidista y sus preocupaciones sociopolíticas sobre las nociones de modernidad y mestizaje de lugares comunes de la memoria histórica y la tradición literaria de Boyacá y Santander.

**Palabras claves:** Caballero Calderón, Eduardo; literatura regional; campesinos; violencia bipartidista.

**Abstract:** The paper examines the role of literature in reshaping conceptions of history, memory and region from the landholders, peasants and priests analyzed by Eduardo Caballero Calderon in his narrative of the towns located in the Chicamocha river canyon in the mid-twentieth century, especially Tipacoque and Capitanejo. We also found of great importance for this work the author's qualitative descriptions based on his political convictions, the party conflicts and his socio-political concerns about the transformations of the notions of modernity and mixture of historic memory and literary tradition to the north of Boyacá and Santander southeast.

**Keywords:** Caballero Calderón, Eduardo; regional literature; farmers, Peasants; bipartisanship violence.

---

\* Artículo resultado del trabajo de investigación titulado “Impacto de las tecnologías educativas empleadas para la solución de las necesidades sociales y económicas en la región de Santander (Colombia), 1857-1957”, financiado por la Universidad Autónoma de Bucaramanga como parte de la convocatoria interna de proyectos de investigación 2011- 2012. El autor es integrante del *Grupo de Investigación Educación y Tecnología* (Edutec), adscrito al Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Bucaramanga.

## Introducción. Historia, literatura y región

La Historia ha sido promovida por los historiadores profesionales como una ciencia cuyas investigaciones revalidan las teorías, métodos y técnicas que la caracterizan, así como sus productos son resultado de la reflexión, revisión o innovación científica a partir de hechos imaginarios y representaciones que se recrean por medio de narraciones acerca de lo acontecido coyunturalmente en el pasado (Silva, 2007). Sin embargo, cuando los narradores y literatos de profesión optan por escribir historia, como un proceso analítico para comprender o profundizar en la multiplicidad de relatos que hacen las artes y las ciencias sobre lo vivenciado por un grupo humano, resulta inevitable el planteamiento de visiones interpretativas, configuraciones discursivas y cuestionamientos críticos que reflejan tanto los procesos recientes de “revisión” del papel de la literatura en la historia como la “reescritura” de la historia de la literatura (Laverde, 2009, p. 7).

La relación conflictiva entre el método *ad probandum* de los profesionales en historia y el método *ad narrandum* de los historiadores de la literatura, reconocida por autores como Andrés Bello, se equilibra entre todas las vertientes de estudiosos del pasado (profesionales, literatos, académicos, cronistas, aficionados, etc.) desde la “tradicción literaria” y a partir de “actos literarios”, mediante los cuales se logra “el estudio de expresiones orales y escritas de origen popular (literatura de masa ya sea urbana y populares, así como las literaturas étnicas) que, indiscutiblemente, han entrado a participar en los procesos de *criollización* de legados culturales y lingüísticos de diversas procedencias” (Laverde, 2009, p. 7).

Cada historiador literario está llamado entonces a reescribir desde su generación y para su generación la historia literaria tanto de su región como de su nación, partiendo para ello a la vez de la textualidad literaria y de la literalidad. No obstante, la tradición rescatada por el narrador de los paisajes y las gentes de un territorio singular requiere comprender la validez y autenticidad de la identidad conservada, la profesionalización de quien escribe, la continuidad en su proceso creativo, la distribución temática de sus creaciones, la existencia de un público lector, así como las influencias internas y las tendencias literarias externas que se materializan con cada texto literario. Entendido este último como “todo texto escrito que brinde información referente a la cultura” (Vallejo, 2009, p. 22), tanto la que es masificada

como imaginario oficial de nación como la que refleja la fragmentación de las representaciones de cada localidad o región (Caballero, 1983).

La “región” es a su vez entendida desde la historia de la literatura no como “un espacio dado de la geografía con determinaciones naturales, sino como una compleja realidad simbólica con marcadas influencias de carácter humano, cultural y comunicacional” (Vallejo, 2009, p. 23). Con lo cual, los estudios sobre espacios concretos como el campo y los campesinos que lo habitan y dinamizan requieren análisis que cuestionen los discursos oficiales, nacionalistas y centralizadores, y que además propicien desde las tradiciones étnico-culturales y los límites geográficos estudiados la emergencia y recreación de comunidades imaginadas, que desde hechos, procesos y dinámicas literarias contribuyan a legitimar una experiencia histórica común que redimensione los lazos de identidad y solidaridad entre “familiares” y “paisanos” (Caballero, 1994).

La tradición cultural regional, al ser mediada por el texto narrativo, propicia la aceptación y divulgación de una tradición literaria nacional caracterizada por paisajes biodiversos, prácticas productivas y cuadros de costumbres disímiles a otras regiones del país (Caballero, 1974). Tradiciones cuyo cuestionamiento y revisión han propiciado la búsqueda recurrente e intergeneracional de los pilares que dan identidad a cada región, a partir de los sustratos de memoria cultural descritos por historiadores y narradores de la literatura colombiana. Las regiones o zonas literarias resultan ser, entonces, espacios imaginados que preceden y dan sentido a la Nación, y consigo a la literatura nacional, razón por la cual “no es factible pensar la literatura colombiana sin tener en cuenta los mecanismos de interacción de las llamadas literaturas regionales con los diferentes centros culturales del país” (Vallejo, 2009, p. 26).

La literatura regional, como expresión de vivencias y ficciones subjetivas sobre comunidades y territorios que promueven el patrilocalismo o la glocalidad, ha contribuido a conservar y reafirmar los rasgos y lazos de la identidad de las sociedades con el espacio en el que se circunscriben y adaptan, al no ser posible que las representaciones de la Historia y los historiadores se centren en acontecimientos, coyunturas y estructuras externas a las interacciones humanas, a los conflictos ideológicos mediados por las expresiones estéticas ni en los vestigios ambientales, materiales o monumentales conservados y redimensionados a través del tiempo por las comunidades que los han ocupado.

Los narradores de la primera mitad del siglo XX asumieron el reto de reescribir la literatura colombiana desde sus experiencias generacionales,

locales o regionales, mediadas por el conflicto y la violencia bipartidista, llegando sus gestiones y proyectos editoriales a internacionalizar sus vivencias y remembranzas territoriales (Caballero, 1974).

Desde esas perspectivas, este artículo se centra en la narrativa sobre los contextos, actores y dinámicas pacificadoras asociadas con la violencia bipartidista, desde las vivencias y ficciones de Eduardo Caballero Calderón (1910-1993). Este narrador hizo posible desde sus creaciones la revalidación de la literatura universal, a partir de contextos rurales desconocidos, al lograr posicionar los temas, crónicas y remembranzas de una región de estudio, desde las representaciones de un “pequeño mundo”. De esta manera, su obra se constituye en parte del “canon” de textos de publicación y edición masiva para el uso tanto oficial como comercial por parte de la industria cultural dominante.

El éxito de ese tipo de apuestas editoriales para la literatura colombiana ha sido reconocido por Carmen Acosta al afirmar que: “la historia de la literatura busca intervenir en la manera como las obras literarias se convierten y se han convertido en lugares de la memoria” (Acosta, 2009, p. 126). No obstante, la canonización de las literaturas regionales requiere que el literato sepa de las historias que recrea y sobre la literatura que compone, reconociendo específicamente “el tránsito de la literatura popular al ámbito urbano, que implica el paso de la oralidad al texto” (Pizarro, 2009, p. 148).

### **Literatura regional: universalización de lo local**

Eduardo Caballero Calderón fue uno de los colombianos más comprometidos con los problemas sociales, políticos, económicos y culturales de su tiempo. Para lo cual llegó a recordar, narrar, fundar gobernar e internacionalizar a Tipacoque: un pueblo incrustado en el cañón del río Chicamocha. Pueblo imaginado que dejó de ser fruto de la memoria, la cotidianidad y la tradición literaria promovida por el hacendado-literato para constituirse en la jurisdicción municipal regida por el político-militante nombrado como su primer gobernante de 1969 a 1971 (Pérez, 2011).

Para ello, Eduardo Caballero asumió la responsabilidad de ser su primer mecenas al formalizar un emblemático proceso de reforma agraria que garantizó una porción de terreno para sus primeros habitantes, paisanos y coterráneos, especialmente para los miserables y desterrados que describía en

sus novelas (Caballero, 1996). Con lo cual, el quijotesco señor feudal a la par de escribir sobre sus trabajadores y peones pasó a constituirse en el modelo de ciudadano aristócrata idealizado por el modelo de República demoliberal.

Fue ejemplo crítico del gobernante idealista limitado en sus gestiones locales por el bipartidismo central dominante al plasmar sus experiencias político-administrativas a través de representaciones autobiográficas de E. Caballero como “Yo, el alcalde: Soñar un pueblo para después gobernarlo” (1972). Ricardo Silva resumió ese ser y hacer literario al expresar:

hablar de Caballero Calderón era lo mismo que hablar de esa tristeza andina que cruza, por debajo, el mapa de Colombia. Porque abrir los libros de Caballero Calderón era traer de nuevo a la vida esa bendita “época de la violencia” de la que se habla así, en pasado y en abstracto, como si alguna vez se hubiera terminado, como si la violencia fuera un monstruo que viene de la nada, como si todo eso les hubiera pasado a ellos, a esos otros, a los de más allá. Porque leer las palabras de Caballero Calderón era despertar del mito, regresar a una realidad menos poética, encarar el destino trágico que ha sorprendido a todos los hombres en su intento de comprender el sentido de las cosas: leer las palabras de Caballero Calderón era, en suma, apropiarse de los dilemas de los griegos, de las advertencias de la sagrada Biblia y de los giros del Quijote (Silva, 2010, p. 11).

Caballero Calderón ha sido reconocido, además, como el colombiano que desde su polifacética condición de hacendado, funcionario, diplomático y literato planteó y demostró la importancia de renovar en la literatura nacional la reflexión sobre lo agrario y, con ello, resistirse al dilema y la tendencia narrativa del siglo XX asociada con “pasar del campo a la ciudad, de lo agrario a lo urbano” (Garavito, 1996, p. VII-VIII). De allí que sus obsesiones literarias sobre las convicciones humanas, las conductas socioculturales de sus paisanos y el “alma simple” de los campesinos boyacenses y santandereanos asentados en la cuenca media del Chicamocha se reflejaron en “sus sentimientos por el campo, por la naturaleza, por el campesino: por la identidad de un pueblo consigo mismo a través de sus manifestaciones más propias” (Bedoya y Escobar, 1984, p. X).

La saga sobre el pueblo conflictivo atrapado entre el cañón del Chicamocha pasó de la ficción costumbrista a una entidad político-administrativa concreta y se constituyó a su vez en ejemplo de la “obra colombianista” mediante la cual el autor “estableció que no es indispensable recurrir a folclorismo, para

poder levantar en belleza lo que la exigencia nos ha entregado en simplicidad a los labriegos” (Morales, 1991, p. IX).

El mutuo amor poético a la tierra y al labriego, con el cual se delimitó una literatura regional en el amplió mapa literario nacional (Curcio, 1978, p. XI), permitió a los críticos literarios considerar su obra como la renuncia a la ficción y a la autfiguración, al presentar nuevos mundos a través de una serie de reflexiones familiares y un sinnúmero de hechos populares netamente colombianos “que además de ser reflejo auténtico del ambiente campesino, son pretexto para expresar ideas e impresiones acerca de la vida campesina contrapuesta al ambiente ciudadano sofocante y deshumanizante” (Herrera, 1969, p. XI).

Al reducir el interés de los lectores por los temas universales a solo una perspectiva monotemática y provincialista, el autor deja entrever “una cierta incomodidad crítica ante la realidad social” (Téllez, 1954, p. XIV). Expresa la “reacción atormentada del ultracivilizado” (Zulueta, 1996, p. XVII) que después de recorrer el mundo como diplomático sólo encuentra paz, admiración y sosiego al describir su rústico lugar de residencia rural. Al transformar a las personas comunes de su contexto en “experiencias cosmopolitas del autor” (Morales, 1991, p. 2).

Ese estilo regional de narrar y divulgar a través de libros locales o domésticos con aspiraciones y pretensiones universales se destacaba por contraponer la saga sobre los tipacoques con la vida misma de Eduardo Caballero Calderón de la siguiente manera:

Caballero venía reflejando en sus libros anteriores una cierta incomodidad crítica ante la realidad social. Pero esa incomodidad crítica estaba teñida de sospechosa nostalgia respecto de un determinado orden de cosas por él mismo reputado como estética y socialmente venturoso, justo y casi perfecto... Él pertenece a una generación de escritores, de políticos, de periodistas, de hombres de Estado, de oligarcas, que hasta hace muy poco descubrieron la fragilidad del mundo político y social por ellos mismos diseñado y el horror que podía sustituirlo (Téllez, 1954, p. XIV).

Así, las creaciones literarias de Caballero Calderón, especialmente las obras que conforman su “saga literaria sobre Tipacoque” —*Tipacoque. Estampas de provincia* (1940), *Diario de Tipacoque* (1950), *El Cristo de Espaldas* (1952), *Siervo sin tierra* (1954), *Caín* (1969), *Yo, el alcalde* (1972) y *Tipacoque de ayer a hoy* (1979) —, fueron compuestas en su mayor parte fuera del país como reflejo de su afán por preservar los recuerdos familiares y las vivencias

de infancia. Así, logró redimensionar y equilibrar el papel que tenían las luchas sociopolíticas de los personajes con las variaciones geográfico-ambientales que propiciaban o justificaban esas luchas. Hizo de sus experiencias locales todo un conjunto de imágenes e imaginarios de divulgación e interés mundial (Pérez, 2011): luchas entre los hacendados por reafirmar y expandir su dominio sobre la tierra; los conflictos o alianzas entre las autoridades eclesiásticas y las autoridades gubernamentales de cada municipalidad acorde al partido político vencedor en las elecciones presidenciales (Acevedo, 2010, p. 129); las falsas promesas bipartidistas de una reforma agraria para los campesinos desarraigados de los andes nororientales; las relaciones serviles de los jornaleros en contraste con el deseo de los aparceros y arrendatarios por ser propietarios y señores de microfundios territoriales en las agrestes hoyas del cañón abierto, trazado y atravesado por el emblemático río Chicamocha (Caballero, 1996).

Conflictos que, como han demostrado Elizabeth Tapias y Laura Acevedo (2011) en sus estudios sobre la “Literatura de los pueblos”, se pueden reconocer además en la conflictiva dinámica y la impredecible relación que existía entre los pueblos de las cimas paramunas, caso Soatá y Málaga, los pueblos intermedios de las laderas a orillas de los caminos y cuestras, caso Tipacoque y Miranda, y especialmente, a través de pueblos “calientes” como Capitanejo, a orillas del alto Chicamocha. Siendo este último poblado bastión y lugar de refugio de personajes históricos de facción liberal descritos con minuciosidad, haciendo el autor de sus conflictos internos y sus afectos sociales una constante determinista del ser, el hacer y el poco tener material que caracterizaba a los campesinos a lo largo del cañón y entre el angosto valle que de forma cambiante movía el emblemático río (Pérez, 2011).

### **Región, ecología y nación**

Las prácticas prehispánicas, la ocupación agropecuaria y el uso ecológico del espacio intramontano asociado con el cañón y valle del Chicamocha (medio) le permitieron a Caballero Calderón hacer análisis verticales y microdependientes entre las relaciones socioculturales, políticas, ideológicas, religiosas y económicas de los personajes, al diferenciarlos de forma explícita a través de los campesinos y dueños de la tierra protagonistas de *Siervo sin tierra* (1954) y *Tipacoque* (1996), o de manera implícita y metafórica a través de los campesinos, los sacerdotes y los “caciques” políticos en pugna descritos en *El Cristo de espaldas* (1952) o *Cain* (1969).

Al preocuparse por realzar la diferencia entre los pueblos de “arriba”, en su mayoría enruanados y de extracción conservadora, en contraste con los pueblos de “abajo”, en su mayoría liberales, de pelo en pecho y siempre decididos a morir por su partido, Caballero Calderón desarrolla, desde la ficción literaria, profundos análisis sobre las políticas contradictorias y divergentes acerca del devenir del campo y los campesinos andinos del noreste de Colombia. Al cuestionar o presagiar de forma recurrente la transformación en las relaciones ambientales y productivas del hombre con su entorno natural, al no poseer los bienes de producción necesarios para desempeñar sus oficios agropecuarios, convierte sus relatos, descripciones y comentarios presentes en cada obra en estudios propios de la historia ecológica regional (Pérez, 2011). Estudios que, soportados en la tradición y la recreación literaria, describen los antecedentes y las consecuencias en el devenir de las relaciones productivas con los escasos recursos existentes en el Chicamocha. Por ejemplo, las luchas nocturnas por las tomas de aguas y riego entre siervos y aparceros, aunado a los efectos de los procesos económicos de modernización de la producción y los caminos, al causarse irreparables transformaciones ambientales y ecológicas como consecuencia de los cambios socioculturales y productivos promovidos por el Estado central. Caballero Calderón centra su atención en los efectos de la construcción de carreteras a lo largo del Chicamocha y el uso masivo de camiones que alteran el orden de los transportes, comercios y migraciones (Caballero, 1983).

Como descendiente de terratenientes, así mismo dedica parte de sus análisis históricos a las conflictivas relaciones laborales y productivas entre patronos, mayordomos, arrendatarios y aparceros, por medio de análisis horizontales entre los personajes al narrar actos de consensos o justicia entre unos y otros sobre temas económicos como el costo de los arriendos de la tierra, el uso legal o ilegal de las tomas de agua y sus escorrentías, el pago servil de las deudas monetarias con el trabajo físico en los trapiches paneleros, el monopolio o condicionamiento de los cosecheros de tabaco a vender sus cargas a los mayordomos de las haciendas o, en su defecto, a los intermediarios de la compañía de tabacos asentada en Capitanejo.

Los análisis verticales del conflicto, con los cuales se asocian tradicionalmente las obras de Caballero Calderón, describen, a su vez las luchas, condicionamientos y sometimientos violentos entre las jerarquías territoriales dominantes representadas por los sacerdotes, curas párrocos, obispos y arzobispos, a la par de los conflictos entre arrendatarios, mayordomos, alcaldes,



miembros de los directorios políticos con las decisiones de los jefes, legisladores y gobernantes del bipartidismo reinante en la capital departamental o de la Nación.

Conflictos a los cuales el autor agrega a mediados del siglo XX su reflexión particular sobre nacientes problemáticas de interés mundial, como fue el caso del tráfico y consumo ilegal de coca entre los pequeños cultivadores de las laderas del Chicamocha y los grandes comerciantes de narcóticos ocultos y resguardados en las cárceles como prisioneros políticos o delincuentes comunes (Caballero, 1983). Un tema de interés regional con trascendencia nacional e internacional al cual el autor dedica parte de sus narraciones, al describir la decadencia productiva de sus personajes a la par de relatar las técnicas de producción camuflada de la hoja narcótica entre las chagras y huertas caseras, el consumo casero por parte de los trabajadores con carencias energéticas, el tráfico ilegal de la coca por entre los caminos y sendas hasta los centros penitenciarios, así como el miedo recurrente de cultivadores y distribuidores al traficar con una sustancia psicoactiva perseguida ya por el Estado ante sus efectos perniciosos y psicodependientes (Pérez, 2010).

No obstante, era una vivencia incuestionable para el autor que el jugo extraído de las hojas oreadas de coca mezclado con el humo de las hojas secas de tabaco se constitúan en parte de los vicios y entretenimientos cotidianos de los “mestizos” asentados en las laderas formadas por el Chicamocha, ya fuesen pobres, siervos o arrendatarios. Eran las hojas de la tierra el recurso más barato y de fácil adquisición para mejorar la actividad productiva entre trapicheros, para reducir la ansiedad entre los prisioneros y, especialmente, para saciar la necesidad de alimentos entre las gentes atadas a la tierra, quienes no lograban arrancar a sus estériles y reseca parcelas fruto alguno durante las temidas épocas de sequía y policiva restricción en el uso de las tomas de agua y sus escurrideros subterráneos.

La coca en hoja hacía parte de la cotidianidad de los campesinos de la provincia santandereana de García Rovira y de la provincia boyacense del Norte. Era una práctica cultural heredada directamente de los ascendientes muisca y laches de esos campesinos, así como se constituía en un objeto de cambio e interrelación de las relaciones verticales y horizontales de esas comunidades campesinas. Relaciones que eran vistas y analizadas por la historia y la literatura de Colombia desde el sectarismo partidista, la estigmatización étnica y la violencia política de mediados de siglo XX, aunque se olvidaba que desde el período prehispánico estos grupos habían sido dinámicos comer-

cializadores de hojas psicoactivas como la coca y, posteriormente, el tabaco, que de forma regular fueron cargadas sobre sus hombros, o los de sus bestias, para el abastecimiento de los mercados locales a orillas del Chicamocha y al borde del altiplano cundiboyacense.

De allí que haciendas coloniales como “Tipacoque”, propiedad heredada desde la Colonia por la familia de Caballero Calderón (1994), se constituyera en lugar de paso y centro regulador de las producciones agrícolas de sus aparceros y arrendatarios, al conseguir allí fiados o comprados al detal los cereales y harinas cultivados en las tierras fértiles del páramo, tales como las panelas, dulces y frutos cultivados a orillas del río. Incluso, era posible consumir en su tienda de abasto tanto las cervezas y tragos finos de las licoreras del interior del país como los guarapos y aguardientes tradicionales producidos artesanalmente, preservando así las tradiciones sociales y los “vicios” culturales de las “chicherías”.

Sin embargo, con la construcción de la carretera Troncal del Norte, el asentamiento humano existente alrededor de las casas de la hacienda se transformó en el Municipio de Tipacoque, siendo nombrado como uno de sus primeros y más diligentes alcaldes el renombrado Eduardo Caballero Calderón.

Fue él antes que cualquier otro lugareño quien ocupó esa honorable condición al considerarse que desde su condición de escritor y diplomático había dado a esa población y sus habitantes emblemáticos una fama y universalidad indiscutibles por medio de sus textos literarios, por ser un diligente y reconocido militante del partido liberal heredero de una dinastía de guerreros y liberales connotados, al ser capaz de movilizar electoralmente las masas de desposeídos y “siervos de la tierra” eclipsados por la promesa de una reforma agraria y un mejoramiento de la producción con sistemas de riego que no se consolidaron, y, especialmente, por dar continuidad a la reforma agraria promovida por su padre, el general Lucas Caballero, llegando, para ello, a distribuir entre sus aparceros y terrazgueros la tierra que había heredado y preservado de sus ascendientes encomenderos, y estos a su vez de los señores muisca quienes consideraban ese territorio una heredad y “dependencia del Zipa” (Zipacoque) (Caballero, 1996).

Así, para adentrarse en el Tipacoque ficcional de Eduardo Caballero Calderón resulta imprescindible tener presentes las condiciones paupérrimas de vida del campesinado de mediados del siglo XX que pretendió recrear el

protagonismo de los sacerdotes y curas párrocos, en su mayoría imparciales más no apolíticos en sus decisiones ante los crímenes e injusticias propiciadas por la violencia bipartidista. Se requiere buscar el equilibrio entre las razones y visiones socioculturales dadas por los militantes de cada partido político en su afán de exterminarse física, territorial, productiva, electoral y congénitamente entre sí.

Para llegar hasta las tierras arrendadas u ocupadas por los denominados despectivamente como “indios” era necesario enlodarse los pies con los personajes históricos del autor, sentir el vértigo de caer al vacío sobre el lomo de las mulas que saltaban sobre los caminos empedrados, y, especialmente, comprender las razones de la resistencia industrial y la tecnofobia modernizadora de Caballero Calderón.

Rechazo al “progreso” caracterizado por su cuestionamiento a la extinción de los transportes y los viajes tradicionales por el altiplano al imponerse el uso de los camiones y buses que cambiaron radicalmente la fisonomía rural, los intercambios económicos y los vínculos ecológicos de las gentes entre Capitanejo y Soatá, y consigo a Boyacá y Santander, con el cañón y el río Chicamocha a través de los caminos y puentes que los conectaban.

El odio por la “modernidad” y la aversión por las máquinas que desplazaban los seres humanos, fruto de las utopías y los fracasos empresariales de sus familiares, a través de sarcasmos descriptivos sobre los “choferes” de buses, se hacen manifiestos en las obras de Caballero Calderón al presentarlos como la nueva y más importante vocación profesional para las nuevas generaciones de campesinos de los andes nororientales. Al respecto expresaba:

Contó después que al llegar a la capital entró de engrasador y lavador de automóviles en el taller de unos paisanos; luego ascendió a secretario de camión; después pasó a chofer de bus en las líneas suburbanas, y ahora soñaba con libertarse de aquella servidumbre si lograba comprar, con su herencia materna, un camión para viajar por el país conduciendo viajeros y mercancías (Caballero, 1985, p. 8).

Los buses y camiones que llegaban por demanda a través de los puertos fluviales habían promovido nuevas empresas productivas asociadas con las “flotas terrestres”; los capitales agropecuarios de los “patronos” se habían diseminado en la compra de vehículos que generaban una nueva clase obrera

de antiguos labradores conductores de arados denominada “choferes”; así como el paisaje rural y urbano se acondicionó para garantizar el rápido y seguro recorrido de los automotores por las calles empedradas y los caminos carreteros. Transformación socio-ambiental analizada ampliamente al describir la mutación del humilde Anacleto en un grotesco chofer intermunicipal (Caballero, 1985, p. 8).

Reacio al desarrollo motriz, Caballero Calderón optaba por condicionar al lector de su saga sobre las breñas del Chicamocha a revivir las mismas penurias del viajero como del arriero de inicios del siglo XX. Transitaba con ellos tanto por los pueblos de “arriba” como por los de “abajo” a lo largo del cañón, hacía que sus personajes remontaran cada uno de los caminos agrestes de su infancia, los cuales describía con minuciosidad al expresar:

parecía abierto a machetazos en los barrancos del páramo. Estaba salpicado de cantos rodados que sacaban chispas a los cascos de la mula, cuando tropezaba con ellos. Descendía en espiral, con tan malos pasos en algunas partes, que temía...romperse la crisma contra la arista de una roca que sobresalía del talud, y hasta creyó rodar a veces monte abajo, con todo y cabalgadura al fondo del abismo (Caballero, 1985, pp. 52-53).

El viaje de retorno del pueblo cálido al pueblo paramuno no resultaba ser menos penoso y arriesgado por entre los caminos estrechos y resbalosos que habían sido abiertos y conservados durante siglos por los cascos de las mulas y las cabras, y por las alpargatas de los campesinos pobres que no los podían dejar de transitar con sus menguadas cosechas a través de inhumanas cargas sobre sus espaldas.

De allí que al ascender los caminos del cañón del Chicamocha, en donde se ambientan directa o implícitamente la mayoría de las obras de la narrativa costumbrista de Caballero Calderón, fuese inevitable exponer la vida del viajero inexperto al hacer relatos como el siguiente:

El camino se angostaba, se perfilaba, se empinaba, se erguía como una serpiente que reptara por las faldas de la montaña. Por atender a que la mula no se reclinara contra las salientes de la roca rompiéndole de paso las piernas al jinete, éste no conversaba. El aire tibio y espeso de las tierras bajas ascendía en oleadas perezosas perfumadas por el aliento de los trapiches... (Caballero, 1985, p. 118).

Solo al congraciarse el autor con el lector, describiendo las maravillas del paisaje, era posible afrontar el miedo de morir ascendiendo o descendiendo por entre los caminos escabrosos que comunicaban los pueblos del Chicamocha. Al adentrarse en los pensamientos y percepciones del “buen cura” protagonista del “Cristo de espaldas”, al condicionarlo a vivenciar y contemplar el paisaje del cañón como una alternativa para reconfortar el espíritu y armonizar las funciones corporales de quien debía cargar con los pecados y faltas de toda una comunidad de feligreses pecadores, condenados o arrepentidos, Caballero provocaba al lector con los atractivos del paisaje que había podido contemplar desde Tipacoque, al hacer proclamas ecológicas, estéticas y existenciales como la siguiente:

Le producía una extraña impresión el contraste que presentaba el imponente mar de sierras y montañas, iluminado violentamente por el sol que caía de plano en las crestas más bajas, y que se coronaba allá arriba con los harapos grises y sucios de informes nubarrones. La sombra, el frío, la tristeza, la soledad, vegetaban en lo alto, junto con los yerbajos duros, los frailejones melancólicos y los hirsutos jarales. En cambio, a medida que sus miradas descendían cuesta abajo, acariciando el seno redondo de alguna loma o el vientre oscuro y tibio del valle, descubría que la luz, el calor, el follaje verde y espeso, el agua que corre entre los cañaverales de un color de miel: todo eso, con la fragancia de la tierra que embalsama el aire, se encuentra abajo. ¿Por qué suponemos que lo mejor en este mundo esté arriba y no abajo, en lo alto y no en lo más profundo de la naturaleza? Mi frente, como el páramo, está embarazada de brumas que no dejan filtrar la luz; y en cambio mi corazón es tibio, y sensible, y claro como no es en el páramo sino en el valle que se acuesta a la orilla del río. No es arriba, pues, sino abajo; no es fuera, sino dentro de mí; no es en mi mente sino en mi corazón, como no es en el páramo sino en el valle, donde se encuentra lo mejor de la vida (Caballero, 1985, p. 120).

Y aunque sacerdotes, campesinos, viajeros y arrieros podían salir bien librados de los caminos traicioneros, Caballero Calderón somete a sus lectores a peligros y suplicios mucho peores a lo largo de los caminos que iban de los páramos hasta los altiplanos y valles interandinos, cuando describe con crudeza los vejámenes cometidos como “crímenes políticos”. Reafirmando así el afán de los militantes liberales por “medirle el aceite” con sus cuchillos y herramientas de trabajo a sus enemigos conservadores, y viceversa.

Con cada mártir caído en nombre del partido, con el magnicidio de cada uno de esos héroes, se comenzaba a vivir en cada localidad una obsesiva necesidad de venganza, “un pensamiento de odio, en la memoria de todos los vecinos” (Caballero, 1985, p. 95). Necesidad que se materializaba mutuamente con el linchamiento público de los criminales, las emboscadas subversivas apoyadas entre copartidarios, la quema de los sembradíos, barbechos, corrales y ranchos donde se sospechaba estaban ocultos los enemigos con sus familias. Incluso, los bandoleros partidistas alzados en armas como los policías representantes del partido oficialista en el poder llegaron a emplear técnicas de terror como rociar sobre los cultivos, bienes y cuerpos moribundos los combustibles llegados del exterior, con la revolución automotriz, para afianzar la intimidación y desplazamiento de todo aquel considerado opositor social, productivo o político de las élites en el poder.

Para poder vivir en el Tipacoque ficticio y administrar el Tipacoque real por intermedio de la autoridad que representaban un Cura imparcial o un Alcalde influyente, era necesario pacificar los espíritus motivados a enfrentarse mutuamente y exterminarse corporalmente hasta la saciedad, enarbolando causas y odios promovidos por los ideólogos y copartidarios de urbes lejanas.

Tal vez sea por ello que Caballero Calderón en novelas como *El cristo de espaldas* o *Siervo sin tierra* confronte las pugnas, deberes y causas de las autoridades temporales con las espirituales, el humanitarismo de los curas párrocos con el partidismo de los alcaldes de turno, las luchas irreconciliables de los pueblos de arriba con los de abajo, etc., desde el reconocimiento y rechazo a la dinámica de odio político e intolerancia social promovida y exacerbada entre los habitantes de una misma provincia, de una misma región. Siendo sus características descritas por las voces más calificadas de su tiempo de la siguiente manera:

Pensemos en *El Cristo de espaldas* (1952): más que una parábola sobre el destino trágico de una raza sometida, más que una denuncia política, una crítica despiadada a una sociedad que le ha dado la espalda a los demás o una crónica sobre las costumbres de una época, se trata de una novela policiaca, conducida por un cura que quiere salvar a un condenado inocente, que recuerda, por lo bien contada, a una película de Hitchcock: se trata, mejor dicho, del primer gran ejercicio de un narrador que soporta el horror gracias a su pasmoso dominio del lenguaje, a una envolvente atención a los detalles y a un oído atento —“estos chinos mugrosos están empuercando la cocina”— que le da dimensiones reales

a la narración y voz propia a unos personajes que, con paciencia cristiana, hacen lo posible para sobrevivir (Silva, 2010, pp. 14-15).

Reafirmando sus credos como liberal y librepensador ante las exigencias del catolicismo y el régimen conservador dominantes, el autor deja entretener sus pensamientos políticos y sus experimentos sociales como patrono de la hacienda y posteriormente como el primer burgomaestre municipal, al dinamizar la relación de los campesinos con su medio ambiente por medio de proyectos cooperativos, a través de sociedades comunitarias con intereses colectivos como los distritos de riego con agua traída desde lo más alto del río, y, especialmente, a través de la unión de esfuerzos para diversificar la producción y la actividad productiva de las gentes del Chicamocha, tanto las paramunas como las ribereñas, al perseguir todos la satisfacción de necesidades e intereses comunes (Pérez, 2011).

De allí que Caballero Calderón como burócrata, político e intelectual experimentado, a través de sus personajes realistas, ficticios o distorsionados, realice por medio de sus narraciones costumbristas un variado conjunto de proclamas sociales, políticas y económicas fundadas en las necesidades ambientales y agroproductivas de sus objetos de estudio, al analizarlos desde situaciones y contextos de conflicto en donde el cambio espiritual se constituía en punto de partida para la transformación de las luchas temporales. Sus personajes más reaccionarios se debían transformar en los abanderados del cambio en los pueblos más apartados y olvidados del Chicamocha (medio), especialmente los líderes espirituales, a quienes recrea desde el humanitarismo de la postguerra de la siguiente manera:

El joven sacerdote tenía la idea de limpiar físicamente el pueblo, porque no concebía que la pulcritud espiritual y moral pudiese andar de la mano de la porquería. Por ese medio levantaría el nivel de sus feligreses, y la solidaridad humana se convertiría en algo vivo y operante, que permitiera la siembra de la semilla cristiana. Para plantar árboles frutales, hay que comenzar por ablandar la tierra mediante la siembra de frijoles y legumbres (Caballero, 1985, p. 108).

## Conclusión

Eduardo Caballero Calderón, al constituirse en el narrador de la “violencia” que hizo trascender y universalizar el campo y los campesinos del desconocido Tipacoque como fiel reflejo de las tradiciones agropecuarias,

los conflictos bipartidistas y las alternativas de pacificación nacional, logró desde sus invenciones literarias y desde sus gestiones políticas que las familias campesinas de la región del Chicamocha, desde cada adscripción y color político, encontrarán en la literatura el reconocimiento de las contradicciones y el atraso que había traído la lucha contra enemigos ficticios, resultado de un conflicto interminable al ser justificado: “lavar la sangre con la sangre, barrer el odio con el odio, vengar el justo en el inocente, cobrar ciento por uno” (Caballero, 1985, p. 135).

Para ello, desde sus recreaciones costumbristas, propuso a liberales y conservadores pensar que todos provenían de un tronco sociocultural común, como era el mestizaje interracial. Así, validó la propuesta de la generación post-orientalista liderada por Ortega y Gasset quien promovía desde mediados de la primera mitad del siglo XX para América Latina la defensa del “mestizaje cultural” y, con ello, el reconocimiento a los aportes y mejoras resultantes de los conflictivos cruces raciales (Acevedo, 2010, p. 130) que se habían dado entre amerindios e hispanos (Vallejo, 2009, p. 36).

Caballero asumió que todos los habitantes de la región geográfica y literaria del Chicamocha tenían las mismas pretensiones republicanas y capitalistas como fundamento de sus causas político-económicas, y, especialmente, que los habitantes de los pueblos conservadores enruanados de “arriba” y los liberales de pelo en pecho ubicados en la parte de “abajo” del Cañón tenían lazos consanguíneos comunes y, por ende, no debían matarse entre sí al ser parte de una misma Nación, al compartir un paisaje común (Acevedo, 2010, p. 127).

De allí que su propuesta de una literatura regional sobre las gentes, hechos y modos de vida de las comunidades humanas asentadas en el Chicamocha (medio) se constituyera en toda una novedad y fuente de escándalo social y literario a mediados del siglo XX, en el ámbito nacional e internacional. Con su obra, Caballero Calderón propició el reconocimiento de las tradiciones culturales de las comunidades campesinas locales en los contextos nacionales, los inacabados procesos de mestizaje entre los campesinos de las provincias distantes, la promoción de la equidad y la justicia social a partir de los curas párrocos y los parroquianos recreados a través de su saga sobre Tipacoque, y, especialmente, el llamado a la unidad nacional de los bandos enfrentados al promover la convivencia pacífica y la gestión de proyectos productivos, ambientales y de equidad social para todas las gentes beneficiadas por un mismo río.



Ejemplo de ello fue la manera como sagazmente concibió a uno de sus personajes para que desde el sarcasmo a las exclusiones locales articulara las interacciones de la sociedad bifurcada en el marco de un paisaje cultural común históricamente ocupado entre sí. Optó por presentarla al nuevo cura párroco de la siguiente manera: “me llamo Dolorcitas Pérez, de los Pérez de Puente Grande que no son los mismos Pérez del Páramo, y que, ... en fin, nadie sabe quiénes son estos Pérez, porque hay Pérez de Pérez en este pueblo” (Caballero, 1985, p. 38).

## Bibliografía

1. Acevedo, L. y Tapias E. (2011, mayo). *La literatura de los pueblos: una mirada desde Eduardo Caballero Calderón*. Ponencia presentada en el III Coloquio Nacional de Historia de la Literatura Colombiana: Literatura y regiones, Medellín, Colombia.
2. Acevedo Gaviria, C. (2010). Eduardo Caballero Calderón: panorámica de su obra ensayística. *Estudios de literatura colombiana*, 27, 119-134.
3. Acosta, C. (2009). Escribir la historia, un encuentro con el tiempo presente. En *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión Cuadernos de trabajo I* (pp. 133-146). Medellín: La Carreta Editores.
4. Bedoya, L. y Escobar, A. (1984). Eduardo Caballero Calderón. Citado en B. Caballero (comp.) *Tipacoque* (pp. IX-X). Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.
5. Caballero, E. (1969). *Cain*. Barcelona: Editorial Destino.
6. Caballero, E. (1972). *Yo, el alcalde: soñar un pueblo para después gobernarlo*. Bogotá: Talleres litográficos Centro Don Bosco.
7. Caballero, E. (1974). *Los campesinos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
8. Caballero, E. (1983). *Siervo sin tierra*. Medellín: Bedout.
9. Caballero, E. (1985). *El Cristo de espaldas*. Bogotá: Oveja Negra.
10. Caballero, E. (1994). *Memorias infantiles*. Bogotá: Panamericana.
11. Caballero, E. (1996). *Tipacoque*. Bogotá: Presidencia de la República.
12. Curcio, A. (1978). Evolución de la novela en Colombia. Citado en B. Caballero (comp.) *Tipacoque* (p. XI). Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.

13. Garavito, F. (1996). País que duele. Citado en B. Caballero (comp.) *Tipacoque* (p. VII-VIII). Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.
14. Herrera, L. et al (1969). Trayectoria de un novelista: Eduardo Caballero Calderón. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 12. Citado en En B. Caballero (comp.) *Tipacoque* (p. XI). Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.
15. Laverde, A. (2009). Sobre este libro. En *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión Cuadernos de trabajo I* (pp. 7-13). Medellín: La Carreta Editores.
16. Morales Benítez, O. (1991). Momentos de la literatura colombiana. Citado en B. Caballero (comp.) *Tipacoque* (p. XI). Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.
17. Morales Padilla, P. (1950). Compás de Espera. Citado en En B. Caballero (comp.) *Tipacoque* (p. XVIII). Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.
18. Pérez, L. (2010). *Las épocas en la región del Chicamocha. Divagaciones ecológicas en la narrativa costumbrista de Eduardo Caballero*. Bogotá: Ministerio de Cultura/Instituto Caro y Cuervo/Gimnasio Moderno.
19. Pérez, L. (2011, mayo). *Representaciones ambientales y reflexiones ecológicas sobre la región del río Chicamocha en la narrativa costumbrista de Eduardo Caballero Calderón*. Ponencia presentada en el III Coloquio Nacional de Historia de la Literatura Colombiana: Literatura y regiones, Medellín, Colombia.
20. Pizarro, A. (2009). Temas de la historiografía literaria latinoamericana del siglo XXI. En *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión Cuadernos de trabajo I* (pp. 147 - 158). Medellín: La Carreta Editores.
21. Silva, R. (2007). *A la sombra de Clío. Diez ensayos sobre historia e historiografía*. Medellín: La Carreta.
22. Silva, R. (2010). *Llegar al destino. El oráculo de Eduardo Caballero Calderón. De ayer a hoy*. Bogotá: Biblioteca Nacional.
23. Téllez, H. (1954). Siervo sin tierra: el libro de Eduardo Caballero Calderón. Citado en B. Caballero (comp.) *Tipacoque* (p. XIV). Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.

24. Vallejo, O. (2009). Colombia: tradiciones de la palabra. Balance y proyecciones. En *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión Cuadernos de trabajo I* (pp. 15- 42). Medellín: La Carreta Editores.
25. Zulueta, L. (1996). La escondida senda. Citado en B. Caballero (comp.) *Tipacoque* (p. XVII). Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.